

MI MAESTRO

Eloy López Gurría
Socio de AMUEZ



Era pasado la media tarde de un frío día del mes de enero cuando me encontré, después de muchos años, con D. Jerónimo Correas. La tertulia de sobremesa del casino estaba prácticamente acabada y en el interior solo quedaban los cuatro estáticos viejos de siempre, que gastaban su tiempo en frecuentes cabezadas somnolientas, esperando la hora prudente de volver a su casa. D. Jerónimo estaba acurrucado, medio escondido detrás de una mesa de juego, sentado sobre un viejo sillón, leyendo un periódico atrasado ajado por el uso. A pesar de su discreta posición, se adivinaba su largo y desgarrado esqueleto, encogido y deformado por la edad, con las piernas huesudas que nacían cerca de sus hombros. Su cabeza, antaño con el pelo largo y oscuro, era ahora una pequeña loma blanca y rala. Su rostro reflejaba la bondad de siempre, con sus cejas excesivamente pobladas y enmarañadas, casi tapándole los ojos.

Yo lo observaba con curiosidad desde la barra del bar, intentando recordar la azarosa vida de este insigne y progresista maestro nacional, que luchó con todas sus fuerza por conseguir realizar su labor docente sin ninguna injerencia política. Su lema fue siempre: enseñar para formar personas que el día de mañana pudieran pensar por sí mismas y eligieran su camino con toda libertad. Su conducta como

docente no cambió nunca: exigente con sus alumnos a la vez que amable y comprensivo. No pegó a ninguno de sus educandos, por muy rebeldes que estos fueran y su comportamiento lo hiciera, a veces, recomendable. Como norma en su atuendo, usaba siempre tirantes para sujetar sus pantalones, pues decía que al no llevar cinturón evitaba la tentación de golpear a alguno de los colegiales con su correa. Para atajar un comportamiento descarriado, hablaba con el indisciplinado hasta hacerle entrar en razón, y siempre buscaba el consenso con los padres para recabar su apoyo.

Fueron tiempos infantiles de rebeldía incomprensible, que ni los azotes paternos ni los castigos me hacían mejorar; solo este buen maestro, al que incluso llegué a odiar, logró doblegar mis desobediencias con su paciencia y constantes razonamientos, que entonces yo no comprendía.

